

SUMARIO

Enseñanzas de la guerra del Rif, por Juan Avilés, teniente coronel de Ingenieros.—
Nuevo concepto de la enseñanza militar, por Antonio García Pérez, capitán profesor
en la Academia de Infantería, con aptitud acreditada de E. M.—*La reserva profesio-
nal*, por el Capitán Subrio Escápula.—*Bibliografía*.

BIBLIOTECA

Pliego 3 de «Napoleón, jefe de ejército» (2.º tomo), por el Conde Yorck de Vartenburg.
Pliego 3 de «Geografía Universal» (2.º tomo), por D. Luis Trucharte.
Pliego 3 de «Geografía Militar de Marruecos», por D. Antonio García Pérez.
Pliego 28 de «Topografía Militar», por D. José Ferré Vergés, comandante de ingenieros.

ENSEÑANZAS DE LA GUERRA DEL RIF

II.—*El combate del 23 de julio.*

Ocupadas las posiciones de Sidi Muza, Sidi Amed y más tarde el Atalayón, el número de moros en armas alcanzó rápidamente proporciones inesperadas, dando gran contingente al harca las kábilas del interior y aun las de comarcas muy distantes de nuestras posesiones y con las que nada habíamos tenido que ver. Antes de la llegada á Melilla de la tercera brigada de cazadores-primera de las expedicionarias-, se extendió tanto el alzamiento, que fué menester empezar á poner en estado de defensa los puntos ocupados, y aplazar por el momento toda idea de avance, substituyéndola por la resistencia pasiva.

Dueños los moros del Gurugú, encontraron en ese monte abundantes lugares para hostilizarnos sin riesgo ni peligro, y á cubierto de la acción de nuestras armas; y no sólo eso, sino que no tardaron en ensayar ataques contra los puntos avanzados, con timidez primero, pero luego con creciente osadía en vista de que nuestra debilidad de fuerzas no nos permitía luchar al descubierto en un terreno en que todas las ventajas estaban de parte de los rifeños.

Casi á raíz del desembarco de la tercera brigada, tuvo lugar el ataque más empeñado, el único que señala un momento de crisis real para nosotros. El 18 de julio, Sidi Muza y más especialmente Sidi Amed fueron envueltos y atacados, á favor de las primeras sombras de la noche, después del acostumbrado tiroteo que privaba del descanso á nuestros soldados y fatigaba sus nervios. Necesitóse toda la serenidad del comandante en jefe y el alto ejemplo de su valor, y el excelente espíritu y la abnegación de

los oficiales, para que aquel ataque fuera rechazado con la ayuda de tropas de refresco.

Hemos de señalar dos hechos que se destruyen ó neutralizan y sobre los que se ha hablado mucho, aunque sin estudiar su influencia reciproca. Es el primero la falta de acción de conjunto que se observa en los métodos rifeños; individualmente considerados, aquellos moros son excelentes tácticos—dentro de sus territorios— y combatientes que no admiten rival en Europa, pero sus objetivos son también individuales y no hay acción de conjunto rectamente dirigida á un objetivo militar concreto. Esto les pone en condiciones de manifiesta inferioridad frente á una tropa que mantenga su cohesión y en la que haya unidad de mando; y en este concepto la defensa de los puntos avanzados fué relativamente fácil. Pero, al mismo tiempo, no ha de olvidarse que el 18 de julio las defensas de las posiciones solo estaban empezadas, con los frentes de gola prácticamente abiertos y los demás brindando una protección insuficiente, sin desenfilada el interior y sin que la perentoriedad del tiempo hubiera permitido adoptar una organización adecuada para asegurar la unidad de dirección; por otra parte, las tropas recién desembarcadas ni conocían el terreno, ni estaban acostumbradas al vocerío ni á la fiereza de los moros; y finalmente no era la obscuridad de la noche lo más propio para llevar por primera vez á un combate cuerpo á cuerpo á tropas bisoñas, casi de nueva formación. De todo lo cual se infiere que en aquella jornada nos vimos despojados—como se han visto en circunstancias análogas y menos críticas todos los ejércitos del mundo—de las principales ventajas que reúnen á su favor las tropas organizadas. No fué el espíritu de rapiña (como por irreflexión ó con móviles aviesos se ha dicho) lo que produjo el fracaso del ataque, sino el admirable instinto de los moros el que les movió á la retirada, por comprender que un ataque más á fondo, poniendo por necesidad á la tropa más bajo la mano de sus oficiales, devolvería en el acto al defensor todas ó casi todas las ventajas dimanantes de una organización regular. Que es cierto lo que decimos lo demuestra el hecho de declararse en huida el atacante al aparecer las primeras luces del alba ó sea cuando la tropa iba á darse cuenta por si misma de su superioridad de conjunto sobre el enemigo; de la misma manera que el ataque del 18 de julio realizado cuatro días antes tal vez nos hubiera costado la pérdida de aquellas posiciones, efectuado ocho días más tarde probablemente cambiara la faz de la campaña, apresurando su desenlace.

Hizo patente aquel combate la absoluta necesidad de poner en estado de defensa con todos los recursos del arte, las posiciones que no han de abandonarse enseguida, por corto que sea el periodo de su ocupación; según la duración de éste se organizará el interior de las obras y se adoptará uno ú otro perfil, reforzando más ó menos las masas cubridoras; pero en todos los casos se imponen medios pasivos de protección suficiente con-

tra el fuego, y la seguridad que brindan las defensas accesorias. Esta lección no fué desaprovechada, y á partir de aquel día cuantos puntos se ocuparon fueron atrincherados y artillados debidamente, consagrando á esta necesidad atención preferente; con ello se economizaron guarniciones y no volvieron ya á tener lugar verdaderos ataques mas que contra puntos de insignificante importancia y que por su situación era imposible se sostuviera en ellos el enemigo, aun suponiéndole triunfante.

Esa ocupación definitiva de posiciones, junto con otros factores que no ha llegado todavía el momento de examinar, imprimió á la guerra un carácter de lentitud muy aceptable y plausible dado el objetivo que perseguíamos en el Rif, pero que sería altamente inconveniente en otro supuesto, por lo que es menester dejar bien sentado que la enseñanza referida es de aplicación parcial y limitada y no reviste un carácter general. Más adelante insistiremos en este punto.

Aunque militarmente el combate del 18 de julio fué adverso á los rifeños, sirviéronles los escasos efectos de que se apoderaron en los alrededores de las posiciones para activar y dar más fuerza á la propaganda belicosa, y como consecuencia reclutar nuevos adeptos, con lo que se alejaron las probabilidades de que pudiéramos pasar á una inmediata ofensiva, y se hizo necesaria la llamada de nuevos refuerzos. Entre tanto y mientras los moros seguían estrechando con su fuego los puntos avanzados y efectuaban incesantes correrías contra nuestra línea de comunicaciones, se planteó un problema muy interesante y cuya solución ha provocado grandes controversias: la conveniencia de seguir ocupando ó abandonar los puntos avanzados.

Dos razones podían abonar la primera solución: la de tener de desembocar precisamente desde Melilla á Nador cuando llegase el momento de emprender la ofensiva, ó la de reputarse empresa hacedera y relativamente fácil la conquista de las estribaciones septentrionales del Gurugú, en particular de la importantísima posición de Ait-Aixa. Desde el punto de vista político militar, militaba igualmente en favor de la conservación de aquellos puntos otro motivo que llegó á anteponerse con fundamento á los primeros: el efecto de depresión que en la opinión española, y en general en Europa, hubiera engendrado el abandono, á la vez que se realizara la moral del enemigo, que no hubiese dejado de considerar la evacuación como importantísima victoria y cuyas huestes habríanse engrosado con contingentes llegados de todos los puntos del Imperio; y tal vez el conflicto se agravara entonces hasta revestir los caracteres de una guerra internacional.

Por otra parte, existían razones de peso que aconsejaban el abandono de los puntos avanzados. Dueño el enemigo de las barrancadas y estribaciones del Gurugú, la comunicación entre aquellos puntos y la plaza quedaba sometida á los fuegos del adversario y, lo que era más grave, las

posiciones en cuestión, envueltas, y batidas en parte de revés, no podían servir ya en buenas condiciones para el objetivo á que obedeció principalmente su ocupación. Además, el mantener allí guarniciones expuestas y sometidas día y noche al tiro de los rifeños había de envalentonar á éstos y prestarse poco al paso, más adelante, de la defensa pasiva á la ofensiva en campo abierto. Ha de añadirse que, las posiciones avanzadas exigían la custodia de una línea de comunicación larga y expuesta á ataques por sorpresa, lo que se traducía en la necesidad de inmovilizar muchas fuerzas, multiplicar las obras de defensa y efectuar continuas operaciones en las que se abandonan al enemigo todas las ventajas: la iniciativa, el aprovechamiento del terreno y la elección de objetivos. De todos esos inconvenientes, el peor, en el concepto militar, era el no responder los puntos avanzados á su objeto.

Para que el enemigo no obtuviera un éxito moral, cuyas consecuencias eran difíciles de prever, se adoptó un partido medio, consistente en asegurar la línea de comunicaciones y la espalda de los fuertes avanzados mediante la conquista de algunas lomas en las estribaciones del Gurugú, que impidieran al adversario desembocar de los flancos y cumbres del monte y alejaran su acción haciéndola virtualmente inofensiva. Este plan, indudablemente acertado, hubiera sido de éxito seguro antes del 14 de julio, y mejor todavía, emprendido, como se ha dicho ya, el mismo día 9; es decir que se trataba de corregir ahora los defectos de las posiciones ocupadas el 9 para acomodarlas, no á una ofensiva inmediata, como se creyó al iniciarse las hostilidades, sino á un avance emprendido en fecha que por el momento no podía fijarse.

En ejecución del plan expuesto, se llevó á cabo la operación del 23 de julio, que dió lugar al combate de ese día. Tenía por objeto la ocupación de Ait-Aixa por una marcha nocturna de flanco, que desorientando á los moros permitiera caer sobre sus espaldas. El pensamiento era excelente, pero en las operaciones nocturnas lo principal es la ejecución, que requiere exacto conocimiento del terreno y tropas muy bien preparadas.

Por desgracia, el estado de sitio en que de hecho nos manteníamos en Melilla desde largos años, nos privó de adquirir un mediano conocimiento del terreno, cuyos secretos nos eran totalmente desconocidos y tan ignorados como las comarcas más recónditas del Imperio; para mayor desventaja nuestra, tiene el Gurugú, lo mismo que los demás montes de aquella parte del Rif, una constitución geológica y topográfica tan especial, que los reconocimientos efectuados á distancia, por corta que ésta sea, no dan idea exacta del terreno ni permiten hacerse cargo de sus innumerables cortaduras y quebradas, siendo esta una de las razones que explican la gran dificultad que allí existe para ejercitar con acierto la ojeada militar.

La columna encargada de apoderarse de Ait-Aixa, conducida por un

jefe experto y muy conocedor del carácter rifeño, emprendió la marcha desde la plaza á última hora de la noche del 22 con el intento de llegar á Ait-Aixa al amanecer; pero, aunque la primera parte de la expedición se hizo con éxito, la obscuridad fué causa de que la columna se extraviara, llegara cerca de Sidi Muza y se perdiera el contacto entre la fracción de cabeza y las demás, de modo que en lugar de coronar la loma del barranco que había de dar por resultado el envolvimientos de los ocupantes de Ait-Aixa, la vanguardia fué á desembocar mucho más abajo, y se encontró rodeada por un círculo de fuego, del que pudo salir á costa de sensibles bajas y sin que se intentase ya el avance en la dirección deseada, porque advertido el enemigo hubiera sido menester emprender el ataque de frente por el fondo del barranco, batido por fuegos concéntricos. No tenía pues objeto el proseguir el combate, y la pequeña columna se batió en retirada.

Atribuyéndose los rifeños un éxito, en realidad imaginario, se lanzaron con nuevo ardor contra las posiciones avanzadas y la línea de comunicaciones, no faltando algunos núcleos que se acercaran al campo exterior, todo lo cual dió lugar á un empeñadísimo combate, en el que intervinieron tropas recién desembarcadas, que terminó con la huida de los moros, pero que nos costó bastantes bajas.

El combate del 23 de julio, además de otras enseñanzas, demostró una vez más lo ya sabido: las operacines nocturnas, que en las guerras futuras habrán de practicarse en grande escala, requieren tropas muy ejercitadas, de gran cohesión, exigen el conocimiento, ó, á falta de éste, lo que podría llamarse la intuición del terreno, y una extraordinaria serenidad para ejecutar el ataque ó acomodarse á las circunstancias si no es posible el avance. Comprobóse asimismo que en tales operaciones no cabe emplear los métodos tácticos normales, que la masa tiene más valor que en las operaciones de día, á condición empero de que la unidad de mando se deje sentir y se imponga en todos los momentos. Siempre difíciles esas operaciones, lo son mucho más frente á un enemigo que domina la acción individual, tira bien y tiene la retirada asegurada. De manera que, en general, las operaciones nocturnas deben tener objetivos muy definidos y claros, no exigir marchas de flanco á corta distancia del enemigo y estar bien apoyadas.

La influencia del terreno en la guerra, bien patente desde el 16 de julio, púsose pues de manifiesto nuevamente el día 23. No se manobra ni evoluciona lo mismo en el campo de instrucción que en un terreno tan quebrado como el del Rif; la acción del oficial, imperativa y absoluta en el primer caso, se troca en el segundo por la de dirección y guía, y esto no se puede conseguir en modo alguno sino practicando en terrenos variados y con efectivos suficientes. De lo contrario, el oficial sólo puede imponerse por el ejemplo, y aunque fué insuperable el ofrecido por los oficiales españoles en el Rif, no basta para lograr el efecto de conjunto ni la concurrencia

de esfuerzos. Hay que desenvolver la individualidad del soldado, pero subordinándola siempre al impulso y á la voluntad del oficial. Todo esto no se improvisa; ni el saber, ni el valor, ni el buen espíritu bastan cuando falta la primera materia, es decir, cuando las unidades están poco nutridas en tiempo de paz, porque al ponerse en pié de guerra se crean instrumentos que carecen de la debida preparación.

Abortado el movimiento de flanco contra Ait-Aixa y prevenidos por consiguiente los rifeños, se alejaba la posibilidad de repetirlo con éxito; y si antes del 23 el abandono de las posiciones avanzadas se estimaba impolítico, inútil será que digamos que después del último combate ni siquiera se debía pensar en la adopción de una medida de tanta resonancia.

Habían de aceptarse los hechos consumados tales como eran, sin perjuicio de obtener de ellos todo el provecho posible. A este respecto, no estará de más que digamos algunas palabras acerca de la diferencia entre aquella guerra y las que tienen lugar entre ejércitos regulares, sobre todo tal como se leen en los libros.

En una campaña regular, las situaciones falsas creadas bien por un yerro, ó, como en en el presente caso, por el cambio de las condiciones tácticas del adversario, han de remediarse á copia de audacia y energía, mediante una acción decidida y resuelta, ó bien replegándose á posiciones mejores que descarten los peligros y creen una situación nueva; obrar de otro modo equivaldría á subordinar los grandes objetivos tácticos y estratégicos á una necesidad discutible, transitoria y de momento, perdiéndose de vista lo principal por lo accesorio. Pero tratándose de una campaña de pacificación contra un pueblo semi-salvage cuya amistad y sumisión interesa obtener más de grado que por fuerza—caso muy diferente al de una guerra de conquista—, los objetivos políticos deben anteponerse á menudo á los exclusivamente militares, y en este concepto importa persuadir al enemigo de que se posee sobre él una superioridad completa, no solo en el terreno de la fuerza, sino en el de la inteligencia; por este motivo no convenia realizar operación ninguna que el enemigo pudiera interpretarla como síntoma de debilidad ó declaración de error, pues en tal caso se perdiera, acaso para siempre, aquel respeto algo supersticioso que aquellos pueblos sienten en lo íntimo de su ser hacia el hombre civilizado; la voluntad indomable é inflexible que se impone contra todas las contrariedades y obstáculos, es una de las cualidades que más admiran aquellas gentes y uno de los mejores instrumentos para someterlas. Mal hubiera comenzado nuestra acción civilizadora dando muestras de vacilaciones, rectificando nuestros propios hechos, pues incapaces los rifeños de comprender los verdaderos móviles de un cambio de conducta, ni de penetrar la grandeza de los principios estratégicos, no dejaran de recordar, aun después de su definitivo vencimiento, nuestros errores, que por insignificantes que fueran les aparecerian más importantes y revestirian mayores proporciones que los más grandes aciertos.

Dados el carácter y la finalidad de la guerra, obrose pues perfectamente conservando las posiciones avanzadas pese á todos sus inconvenientes y desventajas; que éstas eran de consideración lo volvieron á demostrar las operaciones de los días siguientes.

JUAN AVILÉS

Teniente Coronel de Ingenieros

NUEVO CONCEPTO DE LA ENSEÑANZA MILITAR

I

EL EXAMEN DE INGRESO

Rodante rutina viene haciendo del examen de ingreso el peor de cuantos sistemas electivos pudieran haberse manifestado en la integración de la vida militar; uno y otro año vístese el examen de ingreso con el mismo ropaje de vistosos conocimientos que aparentan y no perduran, de apariencias que seducen y no tienen consistencia.

El examen de ingreso, con su abundamiento en el orden mental y su olvido en el concepto físico, no responde ni á las aspiraciones del Ejército ni á las exigencias del organismo; y consecuencia de dicho trabajo cerebral, producido á expensas de otros funcionamientos, son esas miopías intelectivas y esos raquitismos corporales.

Cierto que los aspirantes preséntanse todos los años en crecido número y que su coeficiente demostrativo aumenta correlativamente; pero ¿es acaso su voluntad la que hace más amplio el campo de sus investigaciones: la que impulsa y desenvuelve?, ¿es, quizá, el vértigo matemático el que los atrae y arrastra hacia la meta de sus ensueños, aun cuando lleven descoyuntado el cerebro y famélicos los músculos?

No: su inteligencia por cristalizar y su voluntad por afianzarse son rebeldes á esas extorsiones cuyos gritos apagan el entusiasmo y la esperanza; la preparación es para sus energías cerebrales áspera montaña, en cuya cúspide se divisa la anhelada recompensa; y para poseerla, forzoso es trepar con ansias devoradoras, con tenacidad férrea, con la constancia de una hormiga.

La responsabilidad de ese desgaste prematuro en el cerebro y de esa atrofia física ¿á quién corresponde? ¿Al legislador que obliga ó al pretendiente que rendidamente se entrega? ¿A la torpeza de la enseñanza militar que no coadyuva, ó á ese entestado matemático que entosica y enrisca.

La preparación es secuela del ingreso; al rigorismo en este corresponde aquélla con extrema violencia. La preparación no es el propulsor metódico de la inteligencia ni el estimulante apropiado de la voluntad: es la inflación dosimétrica de la capacidad mental, el principio morbozo de una neurótica exaltación.

Ante la moderna inquisición cerebral acuden esos pobres aspirantes con el cuerpo torturado por las vigiliass, con la inteligencia diezmada por esfuerzos superiores, con el vigor físico deprimido por carencia de ejercicios; y como el examen de ingreso no es más que un torneo de saber, la preparación hace y procura buenos mantenedores. ¡Sálvense las Matemáticas, aunque se esfumen las virilidades de la raza! Tal es el principio de los actuales exámenes de ingreso.

Pero aún hay más, y de importancia suma, para los fines del Ejército. ¿El examen de ingreso quiere significar que las bienaventurados de inteligencia son los que convienen por todos conceptos? ¿El examen de ingreso es galibo por dónde pasan únicamente los útiles y prestigiosos? ¿El examen de ingreso es compendio de cuanto debe aportar el aspirante para ser digno modelo?

No: el examen de ingreso es hoy investigador justo y noble de un aprendizaje, el fiel de una balanza que en uno de sus platillos coloca la cantidad de trabajo y en el otro la parte asimilable de ese mismo trabajo.

Si privase tan sólo en el Ejército el ambiente intelectual, si los soldados fuesen máquinas y vísceras los corazones, nada más digno de aplauso que los actuales exámenes de ingreso; pero como el Ejército requiere dignidades en el alma, altruismos en el corazón, honradeces á toda hora, fe en los trances apurados y educación en los contactos de la vida, de ahí que no sólo á la inteligencia se debe auscultar en los exámenes de ingreso.

La misión del oficial y el prestigio de la milicia obligan á que no sólo las matemáticas concedan la patente de cadete; el vigor físico y las condiciones morales deben influir grandemente en la aceptación de aspirante. ¿Qué importa al Ejército una cabeza inteligente si no es acompañada de una conducta intachable? ¿Qué aspirante debe ser preferido, el que sea exuberante en conocimientos y pobre de moralidad, ó el que atestigüe medianos estudios con una riqueza en entusiasmo y en virtudes?

Desgraciadamente, el sistema actual de ingreso obliga á que se alejen del Ejército elementos de valía; pues si en cuenta se tuviesen circunstancias de posición social, si el examen fuese también una revista de educación y si los antecedentes morales eliminasen de antemano, verdaderamente que otro sería el resultado para el Ejército.

La fijación de plazas en cada convocatoria es asimismo altamente perjudicial á las instituciones militares, agravando la alarmante decadencia que vienen produciendo ya los exámenes de ingreso.

Si las plazas fuesen siempre las mismas y jamás se otorgase ampliación, lógico es deducir que el criterio sería invariable; una nota de ocho puntos tendría el mismo valor á través de todas las convocatorias. Pero si las plazas varían de un año á otro y la ampliación es caprichosa, el valor de las notas sufre una alteración dolorosa; en 300 plazas la conceptuación resulta incongruente con respecto á una convocatoria de 100 plazas.

Cinco aspirantes por plaza en una convocatoria X y 16 por plaza en la siguiente, es indudable que causan estados distintos de rigor, severidades muy diferentes; por consiguiente, un aspirante aprobado en la convocatoria X (á igualdad de criterio y de conceptualización) con nota superior á siete puntos puede no ser cadete, y, en cambio, esa misma nota en otra convocatoria más amplia da derecho para el ingreso en la Academia.

¿Es lógico que por desigualdad de convocatorias las mismas notas produzcan efectos tan diversos? ¿Gana el Ejército con que en una convocatoria ingresen algunos medianos y en la siguiente se desechen bastantes buenos? ¿Acaso el Ejército es una sociedad á plazo fijo que necesita admisiones estériles, y, en cambio, se le apartan ingresos beneficiosos?

En tanto no sufran una radical transformación los exámenes de ingreso, atenuemos los males que producen; verifíquense sin sujeción á convocatoria aceptando los buenos y manteniendo siempre idéntico criterio, á fin de que la nota sea la correspondiente al examen, y luego aparezca el número de plazas, ajustadas á las necesidades del Ejército.

De este modo, el examen de ingreso no se desarrollará como consecuencia del número de plazas exigidas, sino que se hará con amplitud y verdadera satisfacción; ¿no es triste que por esas alternativas en las convocatorias, el esfuerzo del aspirante no tenga siquiera un consuelo de aprobación aun cuando no logre la dicha de vestir el uniforme militar?

Los conocimientos matemáticos (bastante reducidos), los de filosofía y letras, y ciencias físico-químicas, el francés hablado y la gimnasia (carreras, saltos, etc.,) constituirían la base del examen de ingreso.

El primer ejercicio sería el gimnástico; en él se sometería al aspirante á duras pruebas, á carreras de varios kilómetros, al salto, etc., examinando los médicos al aspirante al final de cada sesión.

Los aprobados en dicho ejercicio pasarían á un segundo compuesto de Geografía, Historia, Gramática castellana, Retórica y Poética, Física y Química é Historia natural; las preguntas y respuestas serían hechas (en francés y de este modo aparecería subsumido el conocimiento de este idioma en el de las materias antes referidas.

Los calificados favorablemente en el segundo ejercicio pasarían al tercero, integrado con elementos matemáticos pero reducidos considerablemente.

La edad mínima para presentarse al segundo ejercicio sería 14 años y la máxima 20 años, sin distinción entre militares, hijos de militares ó paisanos; la aprobación en una materia eximiría al aspirante de ser examinado nuevamente de ella. Al final de todos los ejercicios y antes de ser declarado alumno de la Academia volvería á ser examinado físicamente.

Además de las condiciones intelectuales y físicas, el examen responderá á otros de carácter moral y pecuniario: las instancias se aceptarían seis meses antes de la convocatoria y los nombres serían publicados en

el *Diario Oficial* añadiendo al final de la relación que “cuantos oficiales supiesen ó tuviesen noticia de algun aspirante que no fuese digno de figurar en la Corporación enviasen noticia jurada y firmada al Director de la Academia,; y comprobado ello por expediente, el aspirante quedaria eliminado del ingreso.

La otra condición pecuniaria la creemos necesaria á todas luces; la carrera militar exige gastos para su decoro y obliga al cadete á fiestas indispensables, que solo con un depósito podrian ejecutarse; con el fin de subvenir á tales necesidades y apartar del Ejército elementos de marcada pobreza (constantemente se repite el caso de alumnos que costean su carrera con el bolsillo de sus compañeros) exigiriamos en el momento de ser filiado el aspirante una cantidad de mil pesetas, eximiendo de ella á los diez primeros puestos de la promoción que no pudiesen sufragarla (1).

II

SELECCIÓN

Indiscutible es la necesidad de seleccionar entre los Alumnos de las Academias militares; ¿pero en qué sentido y por qué medios?

Cualquiera que sea el procedimiento empleado, siempre que se ejerza con justicia y con moderación, habria de reportar un bien al Ejército y una satisfacción á la virtud militar; puesto que la selección de lo dañino y de lo inútil, ejercida sin miramiento de apellido ó de influencia, acrecentaria la consideración y el respeto para el íntegro, para el que hace del deber un honor y para el que convierte su vida en sacrificio.

La selección entre la juventud militar es por otra parte un freno á sus deseos, un dique á sus intemperancias; el temor á incurrir en actos censurables seria para el alumno el dominio de sus facultades volitivas y por ende, su encauzamiento por los senderos del bien, por las vias de la dignidad.

Una selección férrea, escudriñadora, descubrirá prontamente al grosero del educado, al apático del entusiasta; una selección, constante y minuciosa, apartaria bien pronto lo bueno de lo perjudicial, lo apto de lo inepto, lo prestigioso de lo vil; una selección concentrada y sin piedad, arrojaría lo infecto para ofrecer tan solo al Ejército entusiasmos vigorosos, energías saludables, voluntades decidoras y noblezas de corazón.

La selección, exigente y sin desmayos, importa desarrollarla y mantenerla; con su acción purificadora la justicia será más firme, más raigada la interior satisfacción, más brillante la virtud y más intensa la disciplina; el orgullo del uniforme será más sentido y más ferviente el cariño á la

(1) Más concededores de la Academia de Infantería que de las demás, nos referimos constantemente en nuestros juicios á aquella.

milicia; porque allí donde la educación se haya sostenido incólume, donde el sentimiento se haya elevado luminoso y donde la virtud se haya mostrado fuerte y fulgurante, seguramente hay un alma capacitada para todas las empresas y decidida para todas las abnegaciones.

El principio selectivo, agrupando á los buenos y cobijando á los dignos, no solo presta alientos para el joven sino que anuda vigorosamente con los ligamentos de la educación los sacrificios y las esperanzas, las desgracias y las alegrías; pues más fácil es que suelden dos corazones idénticos en sentimientos que no dos almas contrarias en caballerosidad y opuestas en alteza de miras.

La selección lleva anexos los conceptos de dignidad, de nobleza, de educación, etc.; por lo tanto, la selección debe tenderse como una red sobre la juventud militar para que en ella caigan los que carezcan de aquellas condiciones, los que hagan caso omiso de su observancia, los que no tengan corazón para sentir las ó voluntad para acreditarlas.

La selección ha de imponerse con toda su dureza, con todo su prestigio y con todo su fervor para que como sol ardoroso abriente lo bueno y quemee lo malo.

En las Academias militares, el principio selectivo debe constituir el fundamento de su existencia, la base de su prestigio; muy importante es la enseñanza intelectual, el atiborramiento de asignaturas, el golpeteo incesante de las energías cerebrales; pero ¿acaso la observación de las facultades morales y el estudio psicológico del alumno no importan tanto como la diaria lección ó el examen definitivo?

Bien está que se demande una cantidad de resistencia á las funciones intelectivas, que el título de oficial exija una capacidad mental determinada; pero, ¿pueden coexistir requisitos tan meritorios con entusiasmos decadentes, con energías infecundas, con egoismos incipientes, con perversos sentimientos, con amarguras en el corazón y con bajezas en la vida? ¿pueden ser congruentes un fecundo saber y un indigno comportamiento?

No es tan solo á la inteligencia á la que se debe atender en el alumno; al Ejército le conviene también la moralidad en sus variadas manifestaciones y la virtud en sus más brillantes aspectos; el Ejército no solo debe pensar, sino sentir con gallardía y obrar con satisfacción.

La vida, pues, del alumno no debe ser un enigma para su profesor; conocerá éste á fondo sus inclinaciones, sus vicios y sus virtudes; y para su consecución los atisbará incesantemente analizándolo en la conversación, en la comida, en el paseo y, en general, en sus actos sociales y militares.

Ejercida la vigilancia del alumno con tino y afabilidad se conseguirá la disección de su estado moral; de este modo, el principio selectivo se impondría severo, necesario y satisfactorio para los buenos.

Sobre el alumno pesarian dos deberes, intelectual el uno y caballeresco el otro; al primero responderia con el estudio y al segundo con la dignidad en sus actos y la nobleza en sus intimidades; y cuando pasease orgulloso su informe, en él llevaria vinculado el esfuerzo del trabajo con la pureza de sus procedimientos.

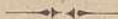
En el profesorado igualmente existirian dos obligaciones, de enseñanza la primera y eliminatoria la segunda. En aquella—al igual de la que hoy ejecuta,—daria justicia al concepto sin que sobre la nota influyesen las faltas del alumno fuera del aula; pues en su umbral debe desecharse todo prejuicio y detenerse todo castigo anterior. La segunda obligacion la fundamentaria en los dictados de su conciencia y en el honor de las armas.

La seleccion, así comprendida é impuesta, elevaria grandemente el concepto de los mismos alumnos, evitando no pocos tribunales de honor; la seleccion seria, en una palabra, la mejor recompensa para el caballero y la mejora más fructifera para el Ejército.

(Continuará.)

ANTONIO GARCÍA PEREZ

Capitán Profesor en la Academia de Infantería,
con aptitud acreditada de E. M.



LA RESERVA PROFESIONAL

El Doctor T. Miller Maguire, aunque abogado de profesion, es uno de los ciudadanos ingleses que posee más profundos y elevados conocimientos en arte é historia militar, que domina como pocos, y goza de tan merecida reputación en la Gran Bretaña, lo mismo que en el extranjero, que su consejo es, no solamente escuchado, sino solicitado con frecuencia por las autoridades militares y generales muy competentes. Recientemente, disertando acerca de la necesidad de que Inglaterra esté preparada para la guerra ó se resigne á perecer, ha tocado un punto que es de perfecta aplicacion á nuestra patria, por lo que no estará de más dar á conocer algunas ideas de las que expuso en el discurso aludido.

La fuerza y el poderio de un país, dependen ante todo de la mujer, de la madre. Ella es la que ha de poner en el mundo hijos fuertes, sanos, viriles, y no solo ésto, pero también es quien ha de darles la primera y fundamental educacion. El pueblo puede dividirse en dos rangos: el de los llamados á dirigir y el de los que ejecutan. Es menester que la educacion, los estudios, los objetivos é ideales; las ocupaciones en las horas de asueto, el modo de ser general de la existencias de las clases elevadas, sean tales que de ellas salgan hombres capaces de afrontar todas las responsabilidades que impone la direccion de los asuntos públicos y muy en particular de los relacionados con la existencia nacional; y junto á ésto,

es también indispensable que los demás hombres sean fuertes físicamente para luchar por su patria y defenderla.

El orador desconfía y recela de los hombres que suelen tener á su cargo la dirección de los asuntos verdaderamente nacionales, y de los que procuran monopolizar su estudio atribuyéndose una competencia que niegan á los demás; y sostiene que las cuestiones de defensa nacional, por ejemplo, deben ser familiares é interesar á todos: en ésto precisamente debe verse el fundamento de la fuerza militar actual de Francia y Alemania. No es que cualquiera se crea en el caso de pretender dirigir y guiar al resto de sus conciudadanos, sino que todos han de acostumbrarse á considerar estas cuestiones como materia que les atañe é interesa muy de cerca, y por consiguiente así se conseguirá que cada cual contribuya con sus luces y con su dinero y los directores procederán con más cautela y más cuidado en sus determinaciones é innovaciones.

Las desgracias de la guerra afectan más á las mujeres que á los hombres, y más que á estos á los niños; las lamentaciones de los niños hambrientos en una ciudad sitiada, sus privaciones y padecimientos, ¿qué otra cosa son generalmente que consecuencias de la falta de preparación para la guerra, que torpeza de los encargados de velar por el bien público? Y de la misma manera, no hay que exagerar la importancia de los sacrificios que imponen los gastos militares. Cuando nuestra salud está en peligro ¿acaso no es natural que nos gastemos algunas pesetas por recobrarla? pues ¿que cosa más natural que hacer lo mismo cuando se trata de salvar nuestra vida, nuestra hacienda y nuestro hogar. Solo la falta de un buen criterio, al que se llega por la costumbre de considerar como propio lo que atañe á la seguridad nacional, puede explicar que mostremos desvío por los asuntos militares y los reputemos extraños á nosotros, cuando en realidad nos afectan á todos directa y poderosamente.

En lo que nos concierne, á nosotros los españoles, hemos de reconocer que una parte, chica ó grande, de la culpa del desvío ó separación entre los asuntos militares y los de los otros órdenes, nos corresponde á los que vestimos uniforme, porque nos hemos empeñado, acaso sin darnos cuenta de lo que hacíamos, en que no puede haber otros jueces competentes en las cosas de la milicia que los mismos militares, y en que es una especie de profanación ó poco menos, que las demás clases se ocupen en cuestiones castrenses. Esto es un grave error, porque el que no puede ocuparse de una cosa concluye por perderle la afición, y trás de esto viene el desdénar cuanto á ella se refiere; de donde se deduce que no comprendiéndose la utilidad ni la procedencia de los gastos militares, ni las necesidades del ejército, éste tiene que pedir lo que necesita precisamente para guardar á los que con él se muestran más esquivos, contrasentido inexplicable si no fuera por lo antes dicho.

Conviene, por no decir que es necesario, que lejos de manifestar re-

pugnancia á hablar de asuntos militares con quienes no lo son, incitemos y veamos con agrado tal práctica, porque ella nos llevará á la larga al mejoramiento del ejército, con beneficio para todos. No es menester agregar que esa participación de otros elementos en las cosas de la milicia ha de ser puramente *platónica* y que no importa que se digan muchos disparates, antes conviene oírlos; lo esencial es que se interesen todos, como han llegado á interesarse en las cuestiones de hacienda.

Mister Miller Maguire recuerda una porción de hechos que demuestran la prontitud con que los pueblos olvidan las lecciones de la experiencia. En 1849, cuando la fiebre mercantil é industrial había invadido á Inglaterra, se recibieron con mofa las palabras proféticas del duque de Wellington, que señaló el peligro próximo. Porque acontecieron las calamidades desatadas durante la guerra de Crimea, lo explica Maguire con estas palabras: "porque los especuladores políticos y comerciantes no se preocuparon oportunamente del genio de la guerra. 4,000 hombres perecieron por las armas, y 20,000 fallecieron por los errores del Gobierno. ¿Qué sucedió antes de la guerra (de Crimea)? Tuvimos una Exposición Universal en Hyde Park. Allí se pronunciaron discursos, y yo aseguro que cuando los he leído de nuevo, hace pocos meses, apenas podía contener mi indignación. ¡El comercio iba á gobernar el mundo; ya no habria guerras! Y hubo guerra en 1854 y en Italia en 1859." "Los americanos habían descuidado su ejército, diciendo: no somos europeos, no tenemos que combatir contra nadie. Somos hombres de paz y no queremos militarismo. No somos lo bastante locos para gastar dinero y sacrificar vidas en batallas. Y después, por cuatro millones de negros, entre hombres y mujeres, trabaron una lucha á muerte. Washington y Richmond distan entre si 100 millas, y en ese espacio tan corto cayeron allí muertos 100,000 hombres en cinco meses. Territorios enteros, de Chattanooga á Savannah y á Charleston fueron destruidos, y uno solo de los dos partidos gastó mil millones de libras esterlinas en una de las guerras que según los oradores de la Exposición no habían de presentarse nunca más; y sin embargo los sofistas siguen hablando con igual falta de sentido."

Recuerda Maguire luego la guerra austro-prusiana y, con gráfica frase, atribuye su desenlace á que Prusia estaba preparada y Austria no, á que la organización prusiana era mejor y mejor también el cerebro prusiano.

"Francia, antes de 1870, era la potencia militar de Europa por excelencia. Conservaba los tradiciones del Gran Monarca y de Napoleón. Su historia y literatura militares eran magníficas, y sus aptitudes científicas, su ardimiento y su valor nada dejaban que desear. El ejército gozaba de la más alta reputación, y se creía dispuesto para invadir y arruinar á Alemania en poco tiempo. Pero no tardó en comprobarse que en organización, movilización, administración, cañones, y número de hombres instruidos, Francia era inferior á Alemania. No obstante, lord Granville, nuestro absurdo

ministro de Negocios Extranjeros, emitió profecías sin fundamento pocos días antes de la guerra; según nuestro profeta oficial, que era un leguleyo pagado para divulgar el error, ni una nubecilla de guerra amenazaba el firmamento europeo. Nuestros eruditos habían declarado en 1866 que Austria vencería, y corresponsales inteligentes dijeron, después de las batallas de Fredericksburg y Chancellorsville, que huían presenciando la muerte de los Estados Unidos. Pero éstos están más fuertes que nunca, Austria fué derrotada en 1866 y los federales quedaron victoriosos en 1865, A despacho de la ineptitud de Granville, y de la confianza de Leboeuf y Napoleón III, Alemania no fué invadida.

.....

He aquí el resumen de Moltke, que todo el que se ocupe en la necesidad de la preparación nacional para la guerra debe tener siempre en su lengua: "Así, una guerra desarrollada por ambas partes con grandísimas fuerzas, fué llevada á buen término con incesante é inquebrantable energía en el corto espacio de siete meses. En las primeras cuatro semanas se rñeron ocho batallas, que provocaron el derrumbamiento del Imperio Francés, y el ejército francés fué barrido del campo. Fuerzas de refresco, numerosas, pero poco instruidas, establecieron el equilibrio numérico con los alemanes, y fueron menester otras doce batallas para terminar decisivamente el sitio de la capital enemiga. Veinte plazas fortificadas fueron tomadas, y no transcurrió un solo día sin que se combatiera en algún punto, en grande ó pequeña escala. La guerra costó á los alemanes duros sacrificios; perdieron 624 oficiales, 123, 453 hombres, 1 bandera y 6 cañones. Las pérdidas totales de los franceses fueron incalculables, sólo en prisioneros ascendieron á 21,508 oficiales, y 702,048 hombres. Fueron cogidas 107 banderas y águilas, 1,915 cañones de campaña y 5,526 de plaza. Strasburg y Metz, que habían sido segregadas de la patria en tiempos de debilidad, fueron recobradas, y resurgió nuevamente el Imperio Alemán". ¿A qué seguir á Maguire en las reflexiones que hace sobre las guerras más recientes, que por este hecho están en la memoria de todos? Estaban ya cargadas las armas rifeñas que iban á dispararse contra nosotros, y todavía era frecuente oír que la guerra había pasado para siempre, que era un anacronismo en los presentes tiempos de civilización, que en todo caso tendrían lugar en Asia ó en América, que los ejércitos no se consideraban ya por nadie necesarios, ni aun en Alemania, y otra multitud de tonterías del mismo jaez. Y antes y después, ahora mismo, vuelven á abundar los que no creen en la guerra, precisamente porque hemos terminado una, dando razones tan convincentes como la de alegar que no ven el peligro, ni motivo para un conflicto armado. ¡Como si los conflictos, de cualquier orden que sean, se vieran con la debida antelación! Estos tales, más numerosos de lo que fuera de desar, constituyen un peligro para la seguridad nacional, porque la flaqueza humana mueve á dar crédito á todo lo que tienda á tranqui-

lizarnos y librarnos de inquietudes, y como consecuencia se va relegando poco á poco á segundo término la necesidad de atender suficientemente á la defensa nacional. La mejor arma contra esta funesta plaga es dar publicidad á las grandes cuestiones militares, para que todo el mundo se interese por ellas, y no mantenernos en una misteriosa reserva cuando departamos sobre asuntos militares; con ello se obtendrá de soslayo una no pequeña ventaja: la de que los profanos aprendan á conocer las dificultades de la *re militari*, y á la vez que respetarán más los grandes principios que ahora desconocen, se oirán menos disparates. Sin alardear de eruditos, ni caer en pedantería, hagamos como los médicos, los abogados, los ingenieros, etc., cuya ciencia no se disimula y nos hace respetarles más cuanto más se prodigan al parecer.

EL CAPITÁN SUBRIO ESCÁPULA

BIBLIOGRAFÍA

Tratado popular de Física, por Juan Kleiber, profesor de Ciencias en la Escuela Municipal de Comercio de Munich, y el Doctor B. Karsten, profesor del Technikum de Bremen; traducido del alemán por el Dr. José Estalella, Catedrático de Física en el Instituto de Gerona.—Barcelona, 1910. Gustavo Gili, editor.—570 páginas (20 X 13) con 485 grabados en el texto.—6 pesetas.

A pesar de que la Física es una de las ciencias cuyo conocimiento es más necesario á la generalidad de las personas que tratan de darse cuenta de los adelantos modernos, escasean mucho los libros de aquella materia realmente útiles y provechosos. Unos, los más, por excesivamente elementales, otros por relegar á segundo término la mecánica, y no pocos por anticuados, lo cierto es que la Física resulta de estudio muy difícil á todos los que no han de hacer de ella una especialidad, para lo que es menester recurrir á una multitud de libros en que se exponen aisladamente las varias ramas de dicha ciencia.

El tratado de que hoy damos noticia á nuestros lectores satisface plenamente cuanto puede exigir el más descontentadizo, porque á una precisión y claridad de lenguaje verdaderamente extraordinaria, reúne la doble cualidad de poner las cuestiones más abstractas al alcance de cualquiera que posea conocimientos generales, y profundizar en ellas lo bastante para comprender el más recondito fundamento de los grandes principios. Es además un libro de carácter moderno y no cortado según el patrón de otros que, por desgracia, abundan mucho todavía, y resplandece en él la singular propiedad de que todas las materias están tratadas con igual cariño y con arreglo á su importancia respectiva. Por el modo de presentar el libro, en el que resaltan desde luego las verdades capitales y los principios fundamentales; por los ejemplos sencillos que acompañan á las definiciones; por el gran número de problemas que ilustran las materias; y por estar inspirado en los últimos adelantos, éste libro es de grandísimo valor y lo reputamos uno de los mejores, sino el mejor, de su clase.

El Dr. Estalella lo ha perfeccionado aun más, mediante ciertas ampliaciones; la traducción posee el mayor mérito que puede reunir una labor de esta naturaleza: es tan limpia, tan castiza y tan correcta, que únicamente por las cubiertas puede decirse que se trata de una traducción y no de una obra escrita en el lenguaje materno.

Recomendamos con interés el *Tratado de Física Popular*, seguros de que nuestros lectores nos agradecerán el consejo de leer este libro.